

auxilios divinos para triunfar de todos sus enemigos; y nada más natural también que nosotros, pobres pecadores que tanto hemos ofendido a nuestro Dios, cubramos igualmente nuestra cabeza con ese signo de arrepentimiento, y lloremos contritos nuestras culpas en estos días de misericordia.

L. C.

El marcianismo de Macario

O

la generosidad de un "trashumante,,

Noches pasadas aterrizó en nuestra invicta ciudad un cierto y distraído noctívago que apenas desembarcado se zambulló en el prehistórico armatoste del H. García, "vulgo,, baul rotatorio, y debido, no sabemos si al intenso frío que hacía temblar al viajero apelotonado en el fondo del baul o a un raro fenómeno de sonambulismo, lo cierto es que cuando el ingénuo Macario, fámulo del acreditado Hotel, una vez desalojado el armatoste por el referido "trashumante", procedió al traslado de sus numerosos y heterogéneos bártulos, topóse ¡oh sorpresa! con un hallazgo maravilloso. ¡Ante sus asombrados ojos se ofrecía una flameante y voluminosa cartera!

Un momento Macario creyóse protagonista de los cuentos de "Las mil noches y una noche". No obstante, pronto se rehizo.—Recojámosla, pensó; su dueño debe ser el noctívago trashumante que acaba de desaparecer en ese departamento tan personal y especialmente reservado.... Esperemos a que salga.—Y la vista de la cartera que contemplaba entre sus manos sumió al noble fámulo en el libre juego de su fantasía.—¡Pensar que esta cartera encierra quizás una fortuna que sería para mí y para mis hijos la felicidad! Veamos lo que contiene. Pero nó; no sea que la tentación.... Y yo siempre fui y soy un hombre honrado; ¡que conste! No obstante, ésto sería la riqueza, el bienestar.... ¡Pero nó, nó y nó!

Y decidido, dando pruebas de una honorabilidad ejemplar, se lanzó a la busca y captura del "Maitre-Hotel" para hacerle depositario del hallazgo, en el preciso momento en que el noctámbulo viajero abandonaba su reservado. Macario le abordó inmediatamente:

—Caballero.... Esto que se dejaba V. olvidado.

El caballero, sobresaltado, se autocacheó; arrebató impaciente la cartera, husmeó, ansioso, en ella.... un billete, diez billetes, muchos billetes. Hasta monedas de oro surgieron del mágico relicario.

Se tranquilizó; sus manos dejaron de temblar y encarándose con Macario:

—"Señor": me acaba V. de regalar 20.000 pesetas. Su acción, "señor", constituye un rasgo inaudito de honradez inapreciable, que avalora infinitamente su condición de trabajador. ¡Aún quedan en la tierra del

sublime Hidalgo sublimes sucesores! ¡Bien conquistada tiene V. una merecida recompensa!

Y hundiendo sus dedos en el boisillo del chaleco brindó enfáticamente al honrado fámulo una moneda de cinco pesetas. Este sintió en lo más hondo de su alma un principio de protesta, ante la generosa mezaquindad del trashumante, pero lo hecho no tenía ya remedio.... y recogió la moneda.

—Amigo Macario: ¿Pensaste que quizás hubiera sido mejor dejar la cartera donde la hallaste, hasta que hubiese topado con ella otro ménos honrado o con ménos escrúpulos que tú o hasta que se la hubiera llevado el demonio? Pues, para final, escucha un cuento de Azorín, del Azorín de los primeros tiempos, del Azorín anarquista:

—"Un burgués embutido en su gabán de pieles cruzaba ligero la calle. Un mendigo le aborda.—Hermano, una limosna, por Dios.—El burgués no contesta.—Una limosna, por Dios, hermano.—El burgués, impaciente, apresura el paso. El mendigo insiste acercándose más.—Me muero de frío, hermano, una limosna, por Dios.—El burgués, cansado, le repudia insultante. El mendigo entonces se arroja sobre él, lo derriba, le arrebató el reloj y se aleja corriendo. Momentos después el burgués se levanta y mientras ordena sus ropas, exclama malhumorado dirigiéndose al que huye:—Imbécil, por ahí debías de haber empezado".

—Querido Macario: aplícate el cuento y que te sirva de pauta para los muchos años que aún te quedan de vida.

M O T I V O

Todas mis canciones
para tí las creo,
para tí tan sólo
—dulce amiga—,
mi verso.

Todas mis canciones
—como pájaros ciegos—
volando hácia tu alma
en un instinto
de nido y de cielo.

Todo lo que dicen
tal vez no sea cierto,
son a veces sueños
a veces deseos
que por mi palabra
viven un momento:

Para tí, tan sólo
mi canción enjendo,
mi canción que muere
ahogada en tu pecho,
y nadie la escucha
y nadie lo sabe
ni siquiera el viento.

Eduardo Lázaro